

Por eso los Padres del Concilio 2<sup>o</sup> de Sevilla, celebrado en el año de 630, decretaron: "Episcopo præsente, non liceat Præsbitero populum docere aut exhortare." Estando presente el Obispo no sea permitido á los Presbíteros enseñar ó exhortar al pueblo.

¡Oh misión verdaderamente admirable! ¿Quién podrá celebrar dignamente tu grandeza?

Pero veamos, amados hijos en Jesu-Cristo, qué frutos ha producido en el mundo. Para esto corramos un poco el velo de los tiempos y contemplémoslos por un instante.

A la venida de Jesu-Cristo, se hallaba la humanidad envuelta en las densas tinieblas de la Idolatría. Las pasiones habían establecido su trono en el corazón del hombre. El error y la corrupción dominaban tranquilamente la tierra. Pero apenas se escucha el mandato de Nuestro Divino Salvador que ordena á sus Apóstoles, y en su persona á los Obispos, predicar el Evangelio á toda creatura, cuando al eco de sus enseñanzas comienzan á desvanecerse los errores, como se desvanece la oscuridad de la noche al despuntar en el Oriente la luz del Sol. Las regiones de la inteligencia son iluminadas por esa luz celestial, y todos los tesoros que encierra el reino de la verdad van apareciendo uno tras otro con todos sus encantos y bellezas. La humanidad los contempla, y no pudiendo resistir á sus atractivos, porque el hombre ha nacido para la verdad, se los va apropiando poco á poco, y comienza á regenerarse y á organizarse en todas sus relaciones, conforme á las enseñanzas de Dios. El grande Obispo de Hipona, conmovido profundamente por la sublimidad y hermosura de estas verdades, que cual semillas divinas esparcía por toda la tierra la predicación evangélica, nos las presenta en compendio, con su arrebatadora elocuencia, en este cántico sublime con que saluda á la Iglesia de Jesu-Cristo: "Salve, dice, ¡oh Iglesia Católica! madre de los cristianos. Vos sois quien enseñais á los hombres, no solamente adorar á un solo Dios verdadero, y con esto destruis la idolatría de la superficie de la tierra, sino también les enseñais la caridad para con sus hermanos de una manera tan perfecta,

que hallar un remedio eficaz todas las miserias humanas que afligen al mundo por el pecado.

Vos sois quien, según las circunstancias, tierna con el niño, tuerte con el adulto, grave con el anciano, enseñais la verdad y ejercitais la virtud, según la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

Vos sois quien sometéis la mujer al marido, por una obediencia casta y fiel, no para satisfacer apetitos brutales, sino para conservar la familia, la sociedad, el género humano.

Vos sois quien unis los hermanos á los hermanos con el lazo de la religión, lazo más sagrado y más fuerte que el de la sangre.

Vos sois quien enseñais á los servidores á ser adictos á sus dueños, no tanto por la necesidad de su condición, como por el amor de su deber.

Vos sois quien unis, no solamente por relaciones la sociedad, sino por vínculos de fraternidad, los ciudadanos á los ciudadanos, las naciones á las naciones, y á todos los hombres entre sí, cualesquiera que sean, recordándoles su origen común.

Vos sois quien enseñais á los reyes á gobernar á los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

Vos sois, en fin, quien enseñais con una precisión perfecta, á quien se debe el honor, á quien el afecto, á quien el respeto, á quien el temor, á quien el consuelo, á quien la advertencia, á quien la exhortación, á quien la reprehensión, á quien la corrección, á quien el castigo, mostrando que todas estas cosas no son debidas á todos, sino á todos la caridad, á ninguno la ofensa."

A estos frutos de luz, producidos por las enseñanzas de la Iglesia, hay que agregar los frutos de santidad. La predicación de los Apóstoles y de los Obispos no solamente ilumina la inteligencia, fecunda también el corazón.

Por esto la humanidad, que antes era un foco de corrupción en donde germinaban todos los vicios y las pasiones más vergonzosas, al escuchar la palabra de los heraldos del Evangelio, comienza á regenerarse en el orden mo-

ral, y el corazón de la Sociedad se transforma poco á poco en un huerto amenísimo, en donde nacen las flores más exquisitas y los árboles más preciosos de santidad.

Penetremos, amados hijos en Jesu-Cristo, aunque sea por unos instantes, en este delicioso Jardín, y admiremos los hermosos cedros del Líbano que allí crecen, símbolo de la eminente santidad de los anacoretas; las gallardas palmas de Cader, emblema de los ilustres Doctores, que con sus valientes plumas de oro, alcanzaron brillantes victorias sobre las herejías: los encumbrados cipreces y frondosos plátanos, símbolo de la eminente santidad de los confesores; las purpúrias rosas de Jericó y el cándido lirio de los valles, emblema de las almas puras, que derramaron su sangre por Jesu-Cristo y no temieron clavar en su Cruz la carne con sus concupiscencias. Aspiremos también el suave aroma del bálsamo, del incienso y de la mirra, que trascienden en este huerto, símbolos del admirable perfume de santidad, que en el campo de la Iglesia difunden en todos tiempos y en todos los estados, las almas que se nutren con las enseñanzas de Jesu-Cristo. Y para conciliar, observemos, con un escritor moderno, que la influencia de las enseñanzas de la Iglesia ha sido tal en el mundo, aun en lo puramente temporal, que no parece sino que esta Hija del cielo ha sido fundada para labrar el bienestar material del individuo y de las Naciones.

Con razón el Espíritu Santo, para darnos una idea de la grandeza de la misión de los Apóstoles y de los Obispos, prorrumpe en estas hermosas palabras: "Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona. ¡Qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien!"

## II.

Pero estas verdades que os acabamos de exponer, nos llenan, amados hijos en Jesu-Cristo, de grande confusión, y os confesamos con toda verdad, que nunca como ahora sentimos el enorme peso de aquellas palabras del Sto. Conci-

lio de Trento: "El Episcopado es una carga que hace temblar los hombros de los Angeles."

Sí, á desempeñar esta misión tan grande, á continuar en medio de vosotros la Obra eminentemente civilizadora de los Apóstoles, nos ha mandado el Señor, por medio de su representante en la tierra.

Pequeñísimos y miserables, venimos por disposición divina á ocupar el trono episcopal de esta Diócesis, muy ilustre por su antigüedad, pero mucho más por los varones eminentes que la han regido.

Sus nombres brillan en la historia con esa luz inmortal que el cielo da á los escogidos del Señor, y están circundados con la aureola de la gratitud y del amor.

¿Qué hacer, amados hijos en Jesu-Cristo, en tales circunstancias? El Apóstol San Pablo nos lo indica: "Ministerium tuum imple." "Cumple tu ministerio."

Sí, á pesar de nuestra insuficiencia y pequeñez, ya que el Señor por su bondad nos ha constituido vuestro Pastor, queremos, con todo nuestro corazón, dispensaros fielmente los tesoros de gracia que ha puesto en nuestras manos.

Para esto, nos proponemos observar con todo empeño las siguientes reglas de conducta.

En primer lugar, no puede un Obispo cumplir como Dios quiere su alta misión, si no tiene para con la Sta. Sede un amor grande, y generoso y una resolución inquebrantable de poner en práctica todos sus mandatos y aun sus más ligeras insinuaciones. Porque en la Cátedra de San Pedro es en donde Jesu-Cristo, vive, reina é impera. Allí, pues, amados hijos en Jesu-Cristo, queremos ante todo vincular de preferencia nuestro amor y poder exclamar con el ilustre Obispo de Metz: ¡Oh Santa Iglesia Romana, Madre de todas las iglesias y Madre de todos los fieles! Si yo te olvido, pueda olvidarme de mi mismo: que se seque mi lengua y quede inmóvil mi palabra, si tu no eres siempre la primera en mi memoria, y si no te pongo al principio de todos mis cánticos de alegría. Y como hijos obedientes y sumisos, deseamos además poner en práctica,

con toda exactitud, cuanto ha establecido en los Sagrados Cánones.

¿Quiere Ntra. Madre la Sta Iglesia que los Obispos, en sus Diócesis, atiendan de preferencia á sus Seminarios y que los cuiden como á las niñas de sus ojos? También lo queremos nosotros. Por lo mismo, nuestro amado Seminario, que ha sido en lo pasado cuna de varones ilustres, y al cual debemos nuestra educación literaria, formará desde ahora el objeto principal de nuestros desvelos, para que siga siendo fecundo semillero de generosos campeones de Jesu-Cristo.

¿Quiere la Iglesia que los Obispos procuren, con singular solícitud, que el Clero de sus Diócesis viva en el siglo como conviene á los ministros de Jesu Cristo, y á los dispensadores de sus celestiales misterios? También lo queremos nosotros. Y sin olvidarnos de que la caridad es el fundamento en que se apoya la autoridad eclesiástica, el fuego sagrado que debe circular por las venas del Obispo, y el impulso que ha de hacer palpitár siempre su corazón; nos esforzaremos, con la prudencia y discreción debidas, porque el V. Clero de nuestra Diócesis, con su ejemplo, sirva de edificación á los fieles y forme las complacencias de Dios.

¿Quiere la Iglesia que los Obispos se esmeren en cuidar de la instrucción de la juventud, porque de ella depende el porvenir feliz ó miserable de los pueblos y de las Naciones? También lo queremos nosotros. Y sin perdonar sacrificios, cualesquiera que sean, miraremos esta obra como una de las principales de nuestro ministerio pastoral.

¿Quiere la Iglesia que extiendan los Obispos su solícitud á las obras de Propaganda católica, tales como la buena prensa, los Círculos católicos y demás obras de beneficencia, favoreciéndolas? También lo queremos nosotros. Y hasta donde nuestras débiles fuerzas lo permitan, trabajaremos porque estas sabias instituciones se inspiren siempre en el corazón de la Santa Sede, y se desarrollen en nuestra Diócesis, con grande vigor y en todas sus ramificaciones.

¿Quiere finalmente la Iglesia que, en las actuales circunstancias, el Sacerdote salga de la Sacristía, se comunique familiarmente con el pueblo para infundirle la savia divina de la Religión? También lo queremos nosotros, y estamos resueltos á hacer, especialmente por los Obreros, cuanto podamos para que se mejore su condición, se libren de las garras del socialismo y comunismo, y gocen de los deliciosos frutos de la vida doméstica, inspirada y dirigida por la Religión. En segundo lugar, para que el Obispo desempeñe con fruto su misión, debe, como dice San Bernardo, tratar de tal manera á sus súbditos, que atraídos éstos por el amor y la confianza, no teman acercarse á su Prelado, y depositen en su pecho los secretos de su corazón como en el seno de una amante madre. Esta conducta, muy amados hijos en Jesu Cristo, queremos observar con vosotros. Os amamos á todos entrañablemente, sin distinción de clases y condiciones, y deseamos que nos tengais una confianza filial. Especialmente exigimos esta confianza de nuestro muy amado Clero. El Señor, oh venerables Sacerdotes, os ha puesto para que seais nuestros cooperadores en la ardua misión de santificar las almas. Pero ¡oh! ¿cuántas veces vuestro corazón se sentirá herido por las tribulaciones más grandes, tal vez en los momentos mismos en que derramais con mano generosa los beneficios de la caridad? La calumnia denigrará vuestras puras intenciones, y todos vuestros esfuerzos de celo los vereis á punto de naufragar en las olas de las pasiones que combatis. Cuando llegue este caso, venid, venerables hermanos, á refugiarnos en la ternura paternal de vuestro Obispo; confiad á su pecho los secretos del vuestro; derramad en su corazón las amarguras que os atormentan, y sus humildes oraciones, unidas á las vuestras, os restituirán la paz y tranquilidad del alma, la energía y el vigor del espíritu.

Tal es, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesu Cristo, la manera con que nos proponemos desempeñar en medio de vosotros la alta misión que se nos ha confiado.

Pero ¿de qué servirán todos nuestros esfuerzos si el Se-

ñor no los fecunda con su gracia? Por esto ¡oh Divino Salvador! á vos dirigimos nuestras miradas, en Vos colocamos nuestra esperanza. Desde este momento Os consagramos todos los trabajos de nuestro ministerio pastoral, para que los vivifiqueis con el calor de vuestro adorable Corazón.

A Vos también acudimos, ¡oh dulce Madre de Guadalupe! Desde la augusta colina del Tepeyac, dirigid vuestras miradas amorosas á esta Diócesis que solemnemente os ha proclamado por su Reyna y Soberana. Cuidad al Pastor y á las ovejas, para que escuchando siempre los dulces silbos de vuestro Santísimo Hijo, sea la Diócesis de Puebla, verdaderamente Diócesis de Angeles, en que todos hagamos la voluntad del Señor.

Tales son, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesu-Cristo, los vehementes deseos de vuestro indigno pero muy amante Prelado, que con toda la efusión de su corazón os bendice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Puebla, el 16 de Julio de 1902.

† *Ramón,*

OBISPO DE PUEBLA.

Por mandato de S. S. I.

*Pbro. Ignacio González,*

SECRETARIO.



**E**STA Carta Pastoral se leerá en Ntra. Santa Iglesia Catedral, y en todas las Parroquias y Templos de Ntra. Diócesis, el siguiente día festivo después de recibirla. Además, en las Parroquias se hará con la mayor solemnidad, el día que designen los Párrocos respectivos, el acto siguiente de consagración que hicimos en la Colegiata.

Fórmula de la consagración de la Diócesis de Puebla á la Santísima Virgen de Guadalupe.

¡Dulcísima Señora, Madre tierna y amorosa de los Mexicanos! Aquí teneis ante vuestras soberanas plantas la Diócesis de Puebla, representada por su Pastor, Cabildo, Seminario, Clero secular y regular, Colegios, Asociaciones piadosas y miembros de todas las clases de la Sociedad.

Venimos, Señora, á reconocer en este día de una manera solemne, delante del cielo y de la tierra, por Nuestra Augusta Soberana, y á protestaros con toda nuestra alma nuestro amor y humilde vasallaje.

De hoy en adelante, la Diócesis de Puebla se gloriará de ser, de un modo muy especial, cosa y posesión vuestra. Cuidadla como á la niña de vuestros ojos: reservadle en vuestro maternal corazón un lugar distinguido, en donde vivan siempre unidos con los lazos purísimos del amor, el Prelado y sus amantes ovejitas, y que á imitación vuestra pongan todas sus delicias en poseer y practicar la eminente ciencia de Jesu-Cristo crucificado, que nos muestra esa Cruz preciosa que adorna vuestro cuello virginal.

Recibid, Señora, nuestros votos, en testimonio de los cuales os prometemos una corona de oro, y bendicid en este día memorable, con esa bendición que encierra todos los tesoros del Cielo la Diócesis Angelopolitana, y de un modo especial á su Pastor, V. Cabildo, Clero secular y regular, para que desde estos momentos vivamos gozosos en vuestro regazo maternal, y, como el Serafín que tocan vuestras plantas virginales, propaguemos por todo el mundo la gloria de vuestro nombre, de tal modo, que merezcamos oír aquel elogio del Espíritu Santo: ¡Qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien! Así sea.



96309

005